

HÉCTOR RECALDE

Luis Enrique Ramírez

Enero 2025

Me recibí de abogado a fines de 1969 y, poco tiempo después, la Vida me empujó hacia el Derecho del Trabajo. Lo digo así porque, lo confieso, no fue una elección mía. En la Facultad había “robado” la materia, ya que la preparé en muy poco tiempo, para no desaprovechar un espacio libre que se me presentaba entre otras materias supuestamente “más importantes” (creo que entre dos Civiles). Rendí bien, incluso con nota, pero es obvio que no había aprendido mucho. No me importaba porque a esa edad ni soñaba con ser un “laboralista”.

Siempre a los empujones, la Vida me llevó a ingresar a trabajar en Ferrocarriles Argentinos, dónde me destinaron a la Dirección de Relaciones Industriales, lo que me obligó a tener que estudiar y profundizar aquello que había evitado hacer como alumno. Eso fue la puntada inicial de un proceso plagado de otras “casualidades”, que omito para no cansar al lector, que me llevaron a ser lo que hoy orgullosamente soy: un abogado laboralista. Que, además, debió en su momento optar por defender únicamente a la parte más débil en la relación laboral, el trabajador.

Era una época de grandes y prestigiosos abogados, académicos, docentes y magistrados laborales que se destacaban en sus diversos ámbitos, y cuyos nombres evito mencionar para no ser injusto con las seguras omisiones que cometeré. Pero no me olvidaré de Héctor Recalde, no por su fallecimiento y el justo homenaje y reconocimiento que se le hace, sino porque nuestros caminos rápida y significativamente se cruzaron.

Yo era un poco más joven que él. No mucho, pero lo suficiente como para verlo como un modelo a seguir, como a un referente. Asesor sindical, como yo, y de una intensa actividad profesional y política, era imposible no tenerle cierta admiración y respeto y, por qué no, también cierta envidia.

En realidad, siempre le envidié su soltura, solidez y gracia para exponer en las Jornadas y Congresos. Parecía que se sentía como “un pez en el agua”. Además, era un polemista nato. Y si tenía que improvisar, lo hacía como si el tema lo hubiera estudiado a conciencia durante mucho tiempo. Yo, en cambio, todavía me pongo nervioso.

Héctor sabía la importancia y las ventajas del trabajo en equipo, y tenía la virtud de rodearse de jóvenes y brillantes abogados, especialmente cuando se trataba de procesos electorales sindicales y representaba a una Lista opositora, lo que siempre fue, es y será una carrera de obstáculos en nuestro país. Por motivos que sólo él sabe, en algunas oportunidades me sumó a esos equipos. Lo que aprendí en esos momentos sobre procesos electorales sindicales no tiene precio, porque se trata de cosas que no están en los libros.

Si la memoria no me falla, en 1990 tuve el alto honor y el enorme desafío de reemplazarlo en la presidencia de la Asociación de Abogados Laboralistas, función en la que estuvo durante cuatro mandatos consecutivos. Generosamente había facilitado su Estudio para que funcionara la Asociación, hasta que logramos habilitar la actual sede de la calle Viamonte.

En la defensa de los derechos de los trabajadores y de sus organizaciones gremiales, coincidimos siempre. A veces, eso sí, tuvimos algunas diferencias en los medios para llevarla a cabo, pero jamás perdimos el mutuo afecto que nos teníamos. En realidad, ahora que lo pienso, era casi imposible llevarse mal con Héctor. Tenía un sentido del humor proverbial.

Recuerdo siempre, no sé por qué, una vez cuando yo estaba preparando mi libro sobre Riesgos del Trabajo y estaba en Mar del Plata. Mi lugar de trabajo era el Torreón del Monje, que es un lugar muy tranquilo fuera de temporada. Claro que aprovechaba para pedirme una cerveza y una picada. Estaba absorto escribiendo cuando veo una mano que se mete en el platito de maníes y toma algunos. Pensé que sería algún vendedor callejero o mendigo que había vulnerado la vigilancia de los empleados, y que no estaría muy bien de la cabeza. Me incorporo para encararlo y me encuentro con la cara de Héctor muerto de risa. Sí, era muy jodón.

Con él compartimos, entre tantas cosas, un viaje a Alemania con un grupo de abogados y jueces laborales, coordinado por el gran Rodolfo Capón Filas y auspiciado por una de las fundaciones de aquel país. Nos querían mostrar cómo funcionaba allí el mundo laboral y sindical. Fue una experiencia maravillosa para todos, en todo sentido, con el agregado que no hacía un año que había caído el Muro de Berlín y se había unificado Alemania, lo que le daba un matiz extraordinario a la experiencia.

En otra oportunidad, tampoco recuerdo bien las fechas, Héctor disuelve una especie de sociedad que tenía con un colega, lo que originó un entredicho entre ellos. Ambos eran amigos míos. Cuando parecía que el conflicto no tenía solución, acuerdan nombrar a dos mediadores o árbitros para evitar judicializarlo. Nos designan a Enrique Rodríguez y a mí. Lo que se dice “un presente griego”, ya que es bien conocido que en estos casos “los comedidos siempre salen mal”, como dice el refrán. Pero, en función de la amistad que nos unía, era imposible negarse. Por fortuna, y para mi alivio, los ex socios se pusieron de acuerdo directamente.

Tengo muchísimas más anécdotas de y con Héctor, pero, para finalizar, quiero enfatizar que lo vamos a extrañar una enormidad, no sólo por lo que fue como persona, sino por el tremendo vacío que deja en estos momentos de oscuridad y de amenazas a los derechos de los trabajadores argentinos. Tengo la fundada esperanza que los jóvenes abogados laboristas mantengan bien en alto las banderas que Recalde siempre enarboló.

¡Hasta la victoria siempre, querido Héctor!